

LA VÍA DOMINICANA HACIA LA INDEPENDENCIA

TRES MOMENTOS DE UN PROCESO ITERATIVO: 1821 – 1844 – 1865

El esplendor y la decadencia de La Española o Santo Domingo, en otros tiempos «Primada de América» y «Atenas del Nuevo Mundo», es una historia suficientemente conocida. Menos conocido, sin embargo, es el desarrollo político y social del siglo XIX, que fue para Santo Domingo o la República Dominicana muy distinto del desarrollo del continente hispanoamericano y de las otras posesiones españolas del Caribe. Referirse (algo detalladamente) a este desarrollo parece imprescindible, si se quiere abordar, para el caso dominicano, la cuestión relacionada con el tema que nos ocupa, el papel de los intelectuales y de la literatura en el contexto de la Independencia y del proceso de formación nacional.

En el contexto de la coyuntura ideológica, política y social del siglo XIX sobresalen dos factores de la historia colonial que serán aquí brevemente nombrados. El primer factor es la penetración, desde la primera mitad del siglo XVII, de piratas y corsarios franceses, favorecida por las llamadas «devastaciones» de 1605/06: para impedir el floreciente pero ilegal comercio con armadores holandeses, ingleses y franceses en los puertos del norte, la Corona española decretó la destrucción de todas las colonias en el norte, oeste e incluso en el interior. La población fue trasladada hacia el sureste, y el territorio de asentamiento legal, cuyo abandono fue prohibido bajo pena de muerte, fue reducido aproximadamente a un tercio del territorio total. En el norte y oeste, que quedaron desprotegidos, iban infiltrándose cada vez más colonos franceses; para el año 1681, el cronista Charlevoix calculaba ya 7.848 franceses en La Española, de los cuales, como él precisaba, más de la mitad estaban armados.¹ En el Tratado de Rijswijk (1697) España cedió a Francia la parte de la isla poblada por los franceses; de este modo comenzaba el ascenso de Saint-Domingue como la colonia francesa más próspera, que más tarde, en 1804, como consecuencia de la

1 Charlevoix, Pierre-François-Xavier de (1731): *Histoire de l'Isle espagnole ou de S. Domingue*, vol. 2, Paris, p. 128.

Revolución Francesa y tras cambiantes alianzas y sangrientas luchas, sería la primera colonia latinoamericana en obtener la independencia, bajo el nombre de Haití.

La victoria militar sobre una potencia colonial europea, celebrada por los independentistas de las colonias españolas del continente, fue sólo *uno* de los aspectos de la Revolución Haitiana. Mucho más significativos fueron los logros jurídicos y sociales, garantizados constitucionalmente, para los antiguos esclavos, negros en su mayoría. De este modo fue la cuestión de la esclavitud, unida a la de los derechos ciudadanos y de la integración social de los negros libertos —y esto significaba también su acceso a cargos de la administración pública— el conflicto decisivo, que provocó, durante las primeras décadas tras el estallido de la revolución en Saint-Domingue, en la colonia española de Santo Domingo una división profunda y posturas diferentes con respecto al país vecino.

Desde 1520 —y con ello paso al segundo factor importante de la historia colonial— eran traídos anualmente a La Española varios miles de esclavos, destinados a la (en un principio) floreciente industria azucarera del sur.² Hacia la mitad del siglo XVI su número había ascendido a más de 15.000, frente a unos 5.000 españoles. Sin embargo, el contingente de esclavos se redujo considerablemente con la crisis azucarera sobrevenida en los años 80 del siglo XVI, y con la decadencia económica general que perduró hasta la mitad del siglo XVIII. Para asegurar su existencia tras el desmoronamiento de la economía de plantación, a la mayoría de los españoles no les quedaba otra solución que explotar pequeñas propiedades ganaderas en el interior de la isla, en unidades específicas de producción llamadas «hatos», en las que se disponía por regla general sólo de uno o dos esclavos.

Las relaciones sociales entre amo y esclavo, en la sociedad hatera, eran sin duda mucho menos conflictivas que en el vecino Saint-Domingue, originándose un amplio mestizaje y para muchos esclavos la oportunidad de ser liberados por razones de vínculo familiar o por un «acto de piedad». Sin embargo, a mitad del siglo XVIII, cuando Santo Domingo experimentó un considerable impulso económico a causa del fomento de la economía de plantación y el relajamiento del monopolio comercial español, aumentó

2 Sobre la evolución demográfica de la gente de color, compárense Moya Pons, Frank (1986): *El pasado dominicano*, Santo Domingo; Deive, Carlos E. (1980): *La esclavitud del Negro en Santo Domingo (1492-1844)*, 2 vols., Santo Domingo; así como Sagawe, Thorsten (1993): *Geografía, población e historia en R.D. al través de los siglos*, Santo Domingo.

también la demanda de esclavos, cuyo número creció hasta aproximadamente 30.000 en los años 90. Al mismo tiempo, la administración colonial inició una campaña contra la emancipación de esclavos, dispuesta por sus amos o bien lograda por sus propios medios, mediante la ganancia realizada de su alquiler como «ganador». Y, finalmente, se intentó también recortar los derechos a los libertos e impedir su ascenso social, ya que —y de este modo se indignaban los autores del *Código Negro Carolino* concebido en 1784 pero nunca puesto en práctica— podían aprender un oficio lucrativo o incluso abrir a sus hijos la «carrera de las ciencias», que equivalía al «ingreso a las dignidades y empleos de la república»³.

De este modo las relaciones sociales entre los blancos y la gente de color, esclavos y libertos, hacia el final del siglo XVIII no eran tan armónicas como lo sostiene la historiografía dominicana tradicional; y los conflictos debían de agudizarse a causa de un acontecimiento que nadie había previsto: la cesión de Santo Domingo a Francia, acordada en el Tratado de Basilea (1795), a cambio del territorio ocupado en España por las tropas napoleónicas. A juicio del primer ministro del rey, Manuel Godoy, la poco lucrativa y desde el punto de vista estratégico no particularmente valiosa colonia no era una gran pérdida y con certeza ninguna gran adquisición para Francia: «[...] tierra ya de maldición para blancos, y verdadero cáncer agarrado a las entrañas de cualquiera que sería su dueño en adelante.»⁴ Para los colonos blancos, sin embargo, este acto significó una afrenta sumamente dolorosa y la máxima expresión del desprecio que la Madre Patria había demostrado a la Primada de América durante más de dos siglos.

Se inició una oleada de emigración. Un historiador dominicano moderno calcula que entre un 35 y un 50% de la población blanca abandonó Santo Domingo para establecerse en otras partes de Hispanoamérica:⁵ junto a los funcionarios coloniales, en particular todos aquellos que poseían esclavos —acaudalados hacendados así como también miembros de la pequeña clase media urbana que, a través del arrendamiento de uno o dos esclavos, disponía de una renta moderada—, ya que debían de temer la pérdida de sus esclavos tras la abolición de la esclavitud en Saint-Domingue, en 1793/94. Según el punto de vista español estaba permitido embarcar esclavos como

3 Malagón Barceló, Javier (ed.) (1974): *Código Negro Carolino (1784)*, Santo Domingo, p. 185.

4 Manuel Godoy: *Memorias*, citadas según Rodríguez Demorizi, Emilio (1955): *La Era de Francia en Santo Domingo: contribución a su estudio*, Ciudad Trujillo [Santo Domingo], p. 13, nota.

5 Moya Pons, *El pasado dominicano*, p. 38.

parte de los bienes muebles, idea opuesta al concepto de Toussaint L'Ouverture, quien como gobernador general de Saint-Domingue efectuó la anexión a Francia en 1801 con su entrada en Santo Domingo, para impedir ulteriores deportaciones de esclavos.

Los acontecimientos posteriores hasta la primera declaración de independencia en 1821 serán referidos sólo brevemente: mientras en el oeste de la isla fracasaban los esfuerzos de Napoleón por restaurar para las colonias el *Ancien Régime*, pudo implantarse en la parte sur del este de la isla la administración colonial francesa, tras el restablecimiento de la esclavitud, con el apoyo de latifundistas y dueños de esclavos, hasta que en 1809 el acomodado hatero Juan Sánchez Ramírez consiguió la «Reconquista» para España, con la ayuda de Inglaterra y Haití y tras la ocupación transitoria de Santo Domingo por tropas inglesas. Pero la nueva soberanía española, llamada despectivamente por los dominicanos «La España boba», condujo a un descontento que afectó a todas las capas de la población, debido al incapaz y corrupto aparato administrativo, al escaso fomento económico por parte de la metrópoli y al mantenimiento de la esclavitud, hasta que finalmente, en 1821 —coetáneo a los movimientos independentistas en el continente, pero bajo otras premisas ideológicas y sociales—, José Núñez de Cáceres proclamó la (primera) Independencia.

Para comprender el contexto ideológico —y el fracaso— de esta independencia de sólo pocas semanas de duración y llamada «Independencia efímera» en la historiografía dominicana, es imprescindible considerar brevemente el desarrollo cultural de la época colonial. Durante el siglo XVI La Española experimentó un destacado florecimiento cultural. Los centros de actividad literaria (en el más amplio sentido) eran los monasterios y la Universidad, fundada en 1538 por bula papal, la «Universidad Imperial y Pontificia de Santo Domingo», más tarde rebautizada por los dominicos que la gestionaban con el nombre de «Universidad de Santo Tomás de Aquino». La mayoría de los textos, que incluyen teatro y poesía, ha desaparecido; no obstante, numerosos nombres han sido transmitidos, y Menéndez y Pelayo elogiaba, aludiendo a Sor Leonor de Ovando, que la isla «tuvo desde luego la honra de que en su suelo floreciese la primera poetisa de que hay noticia en la historia literaria de América»⁶.

6 Menéndez y Pelayo, Marcelino (1911): *Historia de la poesía hispano-americana*, vol. 1, Madrid, p. 295.

La masiva emigración originada por las «devastaciones» de 1605/06 y la retirada de los depauperados vecinos, que habían permanecido en Santo Domingo, hacia el interior del país impidieron la continuidad de una tan prometedora tradición literaria. La cultura urbana hegemónica era representada durante el siglo XVII y XVIII exclusivamente por la Universidad de Santo Tomás que, hasta la fundación de las Universidades de Caracas y La Habana en 1725 y 1728, respectivamente, fue el centro más importante de educación universitaria de la región, así como por dignatarios eclesiásticos y (ocasionalmente) funcionarios de la administración colonial. Redactaban en cantidad considerable sermones y tratados teológicos, memoriales, misivas y alguna que otra relación o historia acerca de acontecimientos notables de la colonia. Hasta que en 1801 fuera cerrada la Universidad, la enseñanza seguía la tradición escolástica; el acceso a las ideas de la Ilustración era por regla general solamente posible a través de una estancia en Europa, y particularmente en España: como fue el caso de Antonio Sánchez Valverde, el único ensayista destacado del siglo XVIII, quien con su obra *Idea del valor de la Ysla Española y utilidades que de ella puede sacar su monarquía*, publicada en Madrid en 1785, trataba de ofrecer un inventario científicamente exacto de la realidad de Santo Domingo, propagando –en nombre del progreso– una reestructuración fundamental de la economía, orientada en la vecina Saint-Domingue.

La masiva emigración tras la cesión de Santo Domingo a Francia y, particularmente, tras la toma de posesión por Toussaint, comprendía también a un sinnúmero de intelectuales, de manera que puede hablarse de un vacío para la cultura hegemónica española durante la primera década del siglo XIX. Sólo después de la «Reconquista», cuando muchos emigrantes volvieron, era posible reanudar la tradición cultural. Lo escasamente interesada que estaba la metrópoli aún en 1810 en adaptar contenidos y métodos de la enseñanza a una conciencia ilustrada, lo muestra el hecho que sólo fuera admitida la instalación de un «Seminario Conciliar» subordinado al arzobispo, cuya misión era «formar clérigos virtuosos e instruidos que sean verdaderos pastores de sus pueblos y les enseñen las obligaciones de hombres y de vasallos cristianos»⁷. Sólo en 1814/15 fue reabierta la Universidad, bajo tutela del estado; y en vista de la situación política en

7 Citado según Vicioso, Abelardo (1983): *El freno hatero en la literatura dominicana*, Santo Domingo, p. 79.

España –Fernando VII había derogado la Constitución liberal de 1812, y tanto la censura como la Inquisición habían sido reimplantadas– hay que suponer que hasta 1820, cuando el rey prestó finalmente juramento a la constitución tras el pronunciamiento de Riego, ni dentro ni fuera de la Universidad podían circular libremente ideas liberales.

No se puede constatar que las ideas ilustradas, que fomentaron las aspiraciones reformistas e independentistas del continente hispanoamericano, fueran recibidas ampliamente por la élite coetánea en Santo Domingo. Su españolismo conservador, impregnado de un fuerte sentimiento religioso e incrementado por el episodio de la dominación francesa, había impedido, a pesar de la decepción por el «abandono» de la Madre Patria, que las convulsiones políticas en la metrópoli fueran aprovechadas, como aconteció en el continente, para conseguir una liberalización política y económica en la colonia. De este modo, la proclamación del «Estado Independiente del Haití Español», el 1º de diciembre de 1821 –con la adhesión a la República de Gran Colombia, fundada poco antes– no fue la expresión genuina de una clase política decididamente independentista y consciente de su «dominicanidad»; se trataba más bien de una acción francamente inoportuna que no correspondía ni a la conciencia de la élite ni a las aspiraciones de la mayoría de la población (que, además, apenas estaba informada sobre la existencia de la República de Gran Colombia), y que procedía únicamente de la voluntad política de un hombre, que encarnaba como intelectual destacado las contradicciones de su tiempo.

Núñez de Cáceres se había exiliado en Cuba tras la cesión de Santo Domingo a Francia, regresando después de la «Reconquista» para servir a España como miembro dirigente de la élite administrativa; como poeta ocasional celebraba –en una canción vendida como folleto aún en 1820– a los «campeones» de la «Reconquista» como «heroicos vencedores, / que de extranjero yugo redimieron / la patria, y dulce libertad le dieron»⁸. La declaración de independencia por él redactada se presentaba esencialmente como memorial de agravios contra la «desdeñosa Metrópoli»: un género que gozaba de una larga tradición en las relaciones entre ésta y la colonia. Que Núñez de Cáceres efectuara, a través de la unión a la República de Gran Colombia, la ruptura con la metrópoli, alabada antes como «patria» –

8 Núñez de Cáceres, José: «A los vencedores de Palo Hincado», en: Rueda, Manuel (ed.) (1996): *Dos siglos de literatura dominicana (s. XIX-XX): Poesía*, vol. 1, Santo Domingo, p. 49.

hecho apostrofado por un crítico moderno como «inspiración divina, sueño excelso o extravío mental»⁹—, se explica por la existencia de un fuerte movimiento contrario, que tenía su centro en Santiago, en la región del Cibao, pero que también incluía a círculos de Santo Domingo.

El Cibao había experimentado en la segunda mitad del siglo XVIII un auge económico significativo, que se basaba principalmente en el cultivo de tabaco en pequeñas y medianas unidades familiares. A diferencia de los latifundistas del sur, los cibaeños no colaboraron con la administración colonial francesa y establecieron un gobierno local. Después de la «Reconquista» no estaban dispuestos a sacrificar la autonomía conseguida bajo el dictado centralista de la capital y, reanudando las excelentes relaciones comerciales con el oeste mantenidas en el pasado, persiguieron un mayor acercamiento a Haití y hasta la integración al estado vecino. Para poner freno a estas tendencias prohaitianas que, promovidas hábilmente por agentes haitianos, habían desembocado en un amplio movimiento político, Núñez de Cáceres declaró la Independencia; pero fracasó en su empeño. Después de que ya en noviembre de 1821 poblaciones de las regiones fronterizas del norte se hubieran adherido a Haití, siguieron en enero de 1822 numerosos municipios de otras regiones, entre ellos Santiago y Puerto Plata. La agitación ganó terreno incluso en Santo Domingo, tanto entre la gente de color, a quienes la Constitución haitiana, pero no la de Cádiz, garantizaba los derechos ciudadanos, como entre la burguesía, que esperaba beneficiarse de las (todavía en aquel momento) florecientes relaciones comerciales de Haití con el exterior. En tales circunstancias, Núñez de Cáceres —antes de que el presidente haitiano Jean-Pierre Boyer se dirigiera a Santo Domingo con un ejército de 12.000 hombres— proclamó la adhesión de su efímera república a la República de Haití: un acto que fue consumado solemnemente el 9 de febrero de 1822 en medio del júbilo popular, y que en ningún caso equivalía a una «Ocupación», como ha decretado la historiografía dominicana tradicional, sino a una voluntad política mayoritaria.¹⁰

9 Contin Aybar, Nestor (1982): *Historia de la literatura dominicana*, vol. 1, San Pedro de Macorís, p. 287.

10 Compárense, desde la perspectiva dominicana, Moya Pons, Frank (*1984): *Manual de historia dominicana*, Santo Domingo, cap. XVII, y recientemente también del mismo autor (1995): *The Dominican Republic: A National History*, New Rochelle, NY, cap. 6, así como del mismo Moya Pons, Frank (31978): *La dominación haitiana: 1822-1844*, Santo Domingo; y desde la perspectiva haitiana, Price-Mars, Jean (1953): *La République d'Haiti et la République Dominicaine: les aspects divers d'un*

Para el gobierno haitiano la anexión del militarmente poco asegurado Este a la república constituía un objetivo existencial –conforme al postulado constitucional de la «île une et indivisible»–, de especial urgencia en aquel momento, en el que circulaban continuos rumores acerca de una inminente invasión por tropas francesas, ya que Francia se negaba tenazmente a reconocer la nueva república y especularía con el apoyo eventual de España, después de que ambos países hubieran pactado, en 1820, una alianza (transitoria). Las primeras medidas de Boyer fueron encaminadas a satisfacer las grandes expectativas de los nuevos súbditos y ganarse las simpatías también de quienes se habían mostrado escépticos o incluso habían rechazado la unificación: igualdad jurídica y política del Este y del Oeste; junto a la abolición de la esclavitud (mantenida por Núñez de Cáceres) y el reconocimiento de los derechos ciudadanos para toda la gente de color, una política decidida de reparto de tierras a los campesinos; y, por último, el fomento de la agricultura y del comercio exterior, experimentando el Este un considerable impulso económico. Pero muy pronto se presentaron problemas graves: el prometido reparto de tierras a los campesinos, y particularmente a los antiguos esclavos, era demorado a causa de las diferencias existentes en las estructuras y en los derechos de propiedad; con la intensificación de la agricultura, los campesinos no propietarios fueron obligados a trabajar en plantaciones, como lo estipulaba ya el *Code Rural* en el Oeste, y después de que Francia, en 1825, reconociera finalmente a Haití, a cambio de una suma compensatoria exorbitante, también el Este fue cargado con impuestos que minaron en gran parte el auge económico antes alcanzado.

Un especial potencial de conflicto se presentó con la intencionada asimilación cultural del Este. Según Boyer, «el interés de la República» exigía «que el pueblo de la parte oriental cambie a la brevedad posible de hábitos y costumbres para adoptar los de la República, a fin de que la unión sea perfecta y que la antigua diferencia... desaparezca sin más».¹¹ Para lograr este objetivo, la Universidad, de todos modos abandonada a causa del servicio militar obligatorio, fue cerrada en 1823, la lengua francesa fue impuesta para todos los documentos oficiales, y se trató de acabar con la om-

problème d'histoire, de géographie et d'ethnologie, 2 vols., Port-au-Prince (con reproducciones de documentos de la época).

11 Citado según Moya Pons, *La dominación haitiana*, p. 87.

nipotente posición de la Iglesia a través de expropiaciones y represalias, lo cual, sin embargo, había de revelarse contraproducente, ya que los párrocos, que seguían teniendo una gran influencia sobre todo en las regiones rurales, podían transmitir a los feligreses sin mayores estorbos su odio contra la administración «sin Dios». De este modo debía cumplirse lo que Núñez de Cáceres había predicho a Boyer con motivo de la entrega de Santo Domingo: que la «transmutación de diferentes pueblos en uno solo»¹² únicamente podía materializarse si las diferentes tradiciones culturales eran respetadas. El hecho de que la adhesión de Santo Domingo a Haití fuera acogida con entusiasmo (al menos al principio) por los antiguos esclavos lo prueban numerosos versos de la poesía popular de la época, como la siguiente copla: «Dios se lo pague / a papá Boyé, / que nos dió gratis / la libertad.»¹³ Pero los intelectuales, de los cuales, por cierto, algunos colaboraron con el nuevo régimen, emigraron, en su mayoría, a Cuba o Puerto Rico, o bien se consagraron a actividades culturales que le parecían inofensivas a la censura y que podían poseer, no obstante, un carácter subversivo, como aquel grupo de jóvenes que habían de promover la segunda declaración de independencia, en 1844.

El dirigente político y guía espiritual de este grupo era Juan Pablo Duarte, que procedía (como muchos de sus compañeros de lucha) de la burguesía comerciante de la capital. Su familia —el padre, nacido en España, se había establecido en el país poco antes del final del dominio español y había emigrado temporalmente a Puerto Rico con la entrada de Toussaint en Santo Domingo en 1801— estaba fuertemente marcada por tradiciones españolas y por una religiosidad practicada austeramente. Para preparar al joven Duarte al ingreso en la casa comercial paterna, fue enviado hacia 1827/28 a un viaje de estudios, que le llevó con apenas quince años a Nueva York, Londres, París y Barcelona. Con este viaje de unos cinco años de duración, Duarte bien pudo perfeccionar su formación profesional; pero decisivo para su desarrollo intelectual y emocional fue el clima acalorado de las disputas ideológicas, políticas y literarias de la época —Liberalismo, Nacionalismo, Romanticismo—, que presenció sobre todo en París y Barcelona.

12 En: Rodríguez Demorizi, Emilio (1971): *Santo Domingo y la Gran Colombia: Bolívar y Núñez de Cáceres*, Santo Domingo, p. 95.

13 En: Rodríguez Demorizi, Emilio (ed.) (1973): *Poesía popular dominicana*, Santo Domingo, p. 53.

Tras su regreso a Santo Domingo en 1832, con la aureola del intelectual conocedor de Europa, Duarte empezó, junto a sus ocupaciones en el negocio paterno y su servicio en la Guardia Nacional, a transmitir las nuevas corrientes que agitaban a Europa a un creciente círculo de seguidores, que le escuchaban ávidamente. En 1838, en medio de la crisis económica que también afectaba a la burguesía comerciante, y convencido ya de que la separación de Haití era inevitable, Duarte, junto a ocho de sus amigos y discípulos más íntimos, fundó la sociedad secreta *La Trinitaria*, cuyos miembros, «en nombre de la Santísima, Augustísima e Indivisible Trinidad», debían jurar solemnemente «[a] cooperar [...] a la separación definitiva del gobierno haitiano y a implantar una república libre, soberana e independiente de toda dominación extranjera»¹⁴.

Este grupo de jóvenes, entre quienes casi ninguno disponía de un prestigio cultural en la sociedad de la capital, apegada a pautas tradicionales, fue, en un comienzo, ignorado o, cuando más, tildado de soñadores ingenuos. Un factor no irrelevante para esta apreciación era seguramente el hecho de que los trinitarios, bajo la influencia de Duarte, quien fuera fascinado por el Romanticismo francés y español, se entregaran a un (entonces incomprendido) sentimiento romántico de la vida, que ya se había manifestado a través de toda clase de rituales misteriosos en la fundación de la *Trinitaria*, posiblemente inspirados por la sociedad secreta de los *Numantinos*, creada por Espronceda en 1823: pacto de sangre, adopción de seudónimos poéticos y mantenimiento de un riguroso incógnito, acuerdo de contraseñas y utilización de una escritura secreta para documentos importantes. No obstante, los jóvenes, tachados de inexpertos y excéntricos, crearon foros para una propaganda efectiva: la asociación cultural de la *Filantropía*, en la que eran celebradas lecturas y debates aparentemente inofensivos, y la *Sociedad Dramática*, en la que eran representadas piezas de teatro de autores europeos (escenificadas principalmente por los mismos trinitarios), que no le parecían sospechosas a la censura pero que, establecida la analogía con la propia situación, transmitían al público impulsos emancipadores. Entre la mayoritaria gente de color, muchos veían este movimiento con recelo o incluso lo rechazaban, ya que era apoyado casi exclusivamente por miembros de la clase media blanca, enraizada profundamente en la tradición española y sospechosa de racismo. Pero el esfuerzo

14 Citado según Lebrón Saviñón, Mariano (1988): *La Trinitaria*, Santo Domingo, p. 18.

incansable de los trinitarios y sus adeptos, cuyo número iba en aumento principalmente entre los jóvenes, consiguió ganar en todas las regiones cada vez más simpatías a su proyecto de la independencia «pura y simple».

Estos éxitos se vieron favorecidos por la crisis política interior que desde hacía tiempo erosionaba a la parte occidental, y que provocó la caída de Boyer en 1843. Pero antes de que los trinitarios pudieran aprovecharse del momento propicio, su movimiento fue desbaratado por una intervención militar del Oeste, y Juan Pablo Duarte fue exilado junto a muchos de sus seguidores. A los pocos trinitarios que escaparon de la persecución sólo les quedaba pactar con las fuerzas conservadoras de la oligarquía, que aspiraban igualmente a la separación, inclinados, sin embargo, a la anexión a una potencia europea. Esta alianza de fuerzas opositoras declaró, el 27 de febrero de 1844, por segunda vez la independencia, ahora como República Dominicana: una victoria de la reacción, como debería hacerse evidente, ya que tampoco la vuelta de Duarte y su proclamación, por las masas populares del Cibao, como presidente de la República, pudieron impedir que finalmente Pedro Santana, un acomodado hatero del sur y victorioso general en las campañas contra los intentos haitianos de reconquista, asumiera la presidencia para, tan sólo 17 años después, el 18 de marzo de 1861, —supuestamente a causa de una inminente invasión de tropas haitianas— renunciar a la soberanía de la joven república y colocarla, ante la indiferencia de la mayoría de la población, nuevamente bajo dominio español.

El legado político de Juan Pablo Duarte, quien fue exilado por Santana, permaneció, durante las décadas siguientes, sin resonancia; y los próceres de la «Guerra de la Restauración», quienes finalmente, en 1865, expulsaron a los españoles y consiguieron la tercera y definitiva independencia de la República Dominicana, lo desautorizaron a él, quien se había apurado en volver del exilio para prestar su ayuda, ya que no les parecía apto ni siquiera como símbolo de resistencia, siendo enviado, para una oscura misión diplomática, a Venezuela, donde murió en 1876 casi olvidado e indigente, hasta que encontrara póstumamente un tardío homenaje como «Padre de la Patria» tras el traslado de sus restos mortales en 1884, que supuso, eso sí, una verdadera apoteosis. Duarte encontró, en cambio, una resonancia inmediata y de gran alcance en los círculos literarios, a través de la propagación del Romanticismo europeo, al que él mismo se consagraba con poemas ocasionales (aunque no publicados en vida), y que marca el

comienzo de la literatura dominicana como expresión de una nacionalidad específica.

Aún hacia 1803/1804 había dominado una manifiesta confusión, particularmente entre la población rural, acerca de su nacionalidad, como documentan los siguientes versos populares de un sacerdote de Santiago: «Ayer español nací, / a la tarde fui francés, / a la noche etíope fui, / hoy dicen que soy inglés: / no sé que será de mí.»¹⁵ E incluso después de la constitución de la República Dominicana como estado independiente, Félix María del Monte, el más destacado poeta y dramaturgo del Romanticismo dominicano y autor del primer himno nacional (no oficial), compuesto en la misma noche de la declaración de la independencia, se mostraba poco decidido a la hora de denominar a los nuevos ciudadanos; el estribillo dice así: «¡Al arma, españoles! / ¡Volad a la lid! / ¡Tomad por divisa / ‘Vencer o morir’!»¹⁶ La autoidentificación como «español» podía no presentar problemas para del Monte, quien pertenecía a la clase media urbana blanca identificada con su herencia española. Pero por consideración a los soldados, que defendían la nueva patria —con su himno en los labios— contra las numerosas invasiones haitianas y que en su mayoría era gente de color, cambió «españoles» por «patriotas».

Junto a la poesía patriótica y numerosas proclamas y manifiestos escritos por todas las fracciones políticas, contribuyó desde 1844 el costumbrismo o criollismo de manera considerable a la propagación de una conciencia nacional o patriótica; esto a través de cuadros de costumbres, anécdotas y leyendas que, con su predilección por sucesos inusitados y hasta escandalosos y por tipos sociales pintorescos y hasta criminales, tan sólo proporcionaban una imagen superficial y distorsionada de la realidad, pero en cuyo entorno surgió también la primera contribución al costumbrismo dominicano con aspiraciones a un reflejo auténtico de la realidad: la novela *El montero*, publicada en 1856 por Pedro Francisco Bonó. De gran utilidad para la difusión de estos textos, concebidos como literatura «nacional», eran los órganos de prensa que, desde 1844, hicieron irrupción masiva, aunque fueran a menudo de duración efímera, innumerables panfletos y cantaletas, publicados como folletos, así como las sociedades culturales o

15 En: Rodríguez Demorizi (ed.), *Poesía popular dominicana*, p. 17. «Etiope» quiere decir «africano» = «haitiano».

16 En: Llorens, Vicente (ed.) (1984): *Antología de la poesía dominicana 1844-1944*, Santo Domingo, p. 45.

literarias, los *Amantes de las Letras*, las sociedades de *Amigos del País* o la *Sociedad Progresista*: foros de debates tanto políticos como literarios que llegaron a agudizar la conciencia «nacional» de una (limitada) opinión pública.

El período de 1844 a 1861, año de la nueva anexión a España, dio lugar a una primera, tan sólo modesta producción literaria «nacional», debido a las encarnizadas luchas de poder entre los diversos caudillos así como entre independentistas y anexionistas. La «Guerra de la Restauración», iniciada en 1863, absorbió las energías de los intelectuales, quienes participaron en su mayoría en los enfrentamientos bélicos, pero produjo también una consolidación de las ideas «nacionales», que a partir de este momento fueron –por vez primera– vinculadas a un programa decididamente liberal-democrático.

Centro y motor de la resistencia armada contra la anexión era el Cibao, que se oponía nuevamente al sur y a la capital, con su tradición antiautoritaria y liberal, establecida desde hacía años y seguramente dictada también por intereses regionales. En septiembre de 1863 fue instaurado en Santiago un gobierno provisional que declaró de inmediato la secesión de España en un «Acta de Independencia» distribuida en todo el país. El éxito militar, que llevó a España a anular la anexión el 3 de marzo de 1865 –después de que la Corona española hubiera perdido el interés en esta campaña militar sangrienta y degenerada en una guerra de conquista–, era ciertamente atribuible en parte a las capacidades estratégicas de los generales insurrectos. Pero el factor decisivo para la victoria fue que el pueblo –por primera vez en la historia dominicana– hiciera de la independencia un objetivo propio, ya que los generales y soldados (blancos) enviados por la metrópoli desde Cuba y Puerto Rico, donde la esclavitud aún no había sido abolida y donde la discriminación racial era practicada de una forma mucho más virulenta que en Santo Domingo, discriminaban también a la gente de color dominicana, quienes constituían en ambos lados el grueso de las tropas. De este modo lucharon no sólo ya como seguidores de un caudillo, sino *motu proprio* en nombre de una causa percibida como justa, desarrollando los primeros rasgos de una conciencia nacional, como atestigua la última copla de un himno muy popular compuesto por un autor desconocido durante la

«Guerra de la Restauración»: «¡Que viva siempre la unión / que reina entre los hermanos! / No nos cause admiración / el ser ya dominicanos.»¹⁷

Los próceres de la «Guerra de la Restauración» que llevó a la tercera y definitiva independencia del país, nuevamente como República Dominicana, formaban un grupo que, por su origen social y por sus ambiciones políticas, era realmente heterogéneo. No obstante, más allá de la reclamación de la independencia «pura y simple», estaban en condiciones de presentar un elaborado programa político, el cual —y con ello salgo obligadamente del marco histórico aquí establecido— fue plasmado desde 1865 en numerosas constituciones ejemplares y divulgado en gran número de textos programáticos, con el fin de llevar a la práctica su proyecto de un estado nacional moderno y progresista.

Los representantes más destacados de esta generación de liberales de la segunda mitad del siglo fueron Gregorio Luperón y Pedro Francisco Bonó, quienes promovieron el proceso de formación nacional con el mismo empeño de propaganda incansable, pero quienes eran divergentes en sus ambiciones políticas. Luperón, esencialmente autodidacta y «hombre de acción», que había ascendido muy rápidamente a general durante la «Guerra de la Restauración», participó como jefe indiscutible del Partido Liberal en casi todas las insurrecciones o «revoluciones» contra las fuerzas conservadoras, las cuales dominaban también los primeros lustros de la «Segunda República», y quienes no vacilaron en cambiar —como fue el caso del caudillo Buenaventura Báez, en el poder tras la muerte de Pedro Santana— la independencia, tan arduamente conquistada, por una anexión a los Estados Unidos, sólo impedida por una acción del Congreso norteamericano, que negó su aprobación al tratado ya negociado, como oposición a su corrupto presidente Ulyses Grant. Bonó, abogado, médico y periodista, que había sido ministro del gobierno provisional de 1863, se alejó en cambio de la vida política cotidiana y llegó incluso a rechazar la oferta de candidatura (segura) a la presidencia para dedicarse, lejos de las luchas políticas de partido, aunque simpatizante de los liberales, a sus estudios económicos y sociológicos, dirigidos a una mejora concreta de las condiciones de vida sobre todo de los campesinos.

Gregorio Luperón y Pedro Francisco Bonó fueron en el ámbito del ensayo hasta el final del siglo XIX los representantes más destacados de

17 En: Rodríguez Demorizi (ed.), *Poesía popular dominicana*, p. 90.

aquella generación de intelectuales que trataban de fomentar la integración y el progreso de la nación a través de la propagación de un orden democrático y de una política económica liberal. La literatura de ficción vivió un cierto florecimiento tan sólo después de la creación del «Movimiento Unionista» en 1873, en el que se aliaron expartidarios de Báez con los liberales de Luperón, provocando poco después el derrocamiento del primero. Sin embargo, fue tan sólo a partir de 1879 que los liberales, tras la superación de luchas partidistas y la neutralización de las ambiciones personales, lograron ocupar la presidencia durante varias legislaturas y crear un clima que favoreciera la producción literaria a través de la garantía de los derechos ciudadanos así como el desarrollo de una infraestructura cultural.

La poesía patriótica siguió siendo cultivada, así como el costumbrismo, que ganó, con la novela *Baní o Engracia y Antoñita* (1892), de Francisco Gregorio Billini, un destacado estadista liberal y presidente de la República durante un corto período de tiempo, una dimensión de testimonio político comprometido: crítica al personalismo y a la ambición política de los poderosos así como proyección de una utopía dirigida hacia el progreso de la nación —un aspecto que fue también tematizado esporádicamente en la poesía, como es el caso, por ejemplo, de Salomé Ureña de Henríquez (en su poema «La gloria del progreso», entre otros). Los impulsos decisivos para la construcción de una continuidad de la historia nacional, según Luperón instrumento propicio «para levantar el espíritu nacional, y reclutar el patriotismo»¹⁸, fueron proporcionados por el «indigenismo» (o «indianismo»): en las *Fantasías indígenas* (1877), de José Joaquín Pérez, y en el poema «Anacaona» (1880), de Salomé Ureña de Henríquez, en el que se ensalza al indio, por su resistencia a los conquistadores españoles, como primer patriota dominicano.¹⁹ Manuel de Jesús Galván, el único intelectual destacado de la época que abogaba por la anexión a España y que había abandonado el país (temporalmente) en 1865, ofreció, por el contrario, con su novela *Enriquillo* (1879/82) —a pesar de las críticas a atrocidades come-

18 Luperón, Gral. Gregorio (21939): *Notas autobiográficas y apuntes históricos*, vol. 1, Santiago, p. 101.

19 Compárese también la primera obra historiográfica dominicana relevante, el *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, de José Gabriel García, publicado en 1867 y reelaborado para una tercera edición aparecida entre 1893 y 1900, donde se ensalza a los indios «patriotas» por su «heroica guerra de independencia» contra los invasores españoles. Véase la quinta edición, Santo Domingo 1982, vol. 1, p. 32.

tidas por los conquistadores— una rehabilitación de España fundamentada ante todo en la «conquista espiritual», una apreciación que estaba en perfecta consonancia con el clima intelectual de entonces.²⁰

La antigua *rancune* contra la «desdeñosa Metrópoli» había sido sustituida desde hacía mucho tiempo por un agresivo antihaitianismo, ya que el haitiano era considerado como «bárbaro africano», inferior tanto étnica como culturalmente al dominicano, quien gracias a su «españolidad» pertenecía al mundo «civilizado». La discriminación implícita de la propia población, mayoritariamente de color, se esquivaba «liberándola» en cierto modo del estigma de su origen africano con la denominación (corriente aún hoy) de «blancos de la tierra» o «indios». La discrepancia entre la realidad y la ficción de la identidad nacional fue expresada acertadamente, de modo irónico y distanciado, a comienzos del siglo XX por Francisco Eugenio Moscoso Puello en sus (ficticias) *Cartas a Evelina*:

[...] los habitantes de la República Dominicana, somos en su mayoría mulatos, mulatos tropicales, que es un tipo singular de la especie humana. [...] Pero debo advertirle, señora, que los dominicanos somos constitucionalmente blancos, porque ha sido a título de tales que hemos establecido esta República, que usted no debe confundir con la de Haity, donde los hombres comen gente [...].²¹

Bibliografía

Textos

- Charlevoix, Pierre-François-Xavier de (1731): *Histoire de l'Isle espagnole ou de S. Domingue*, vol. 2, Paris.
- García, José G. (⁵1982 / ³1893-1900 / ¹1867): *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, vol. 1, Santo Domingo.
- Llorens, Vicente (ed.) (²1984): *Antología de la poesía dominicana 1844-1944*, Santo Domingo.
- Luperón, Gral. Gregorio (²1939): *Notas autobiográficas y apuntes históricos*, vol. 1, Santiago.
- Malagón Barceló, Javier (ed.) (1974): *Código Negro Carolino (1784)*, Santo Domingo.

20 Para un análisis detallado de los textos tanto ensayísticos como de ficción en el contexto general de la formación del estado y de la identidad nacionales, remito a mi estudio (1996): *Der Wille zur Nation: Nationsbildung und Entwurfe nationaler Identität in der Dominikanischen Republik*, Frankfurt am Main, cap. 2.

21 Moscoso Puello, Francisco E. (s.a.): *Cartas a Evelina*, Santo Domingo, pp. 9-10.

- Moscoso Puello, Francisco E. (s.a.): *Cartas a Evelina*, Santo Domingo.
- Rodríguez Demorizi, Emilio (ed.) (²1973): *Poesía popular dominicana*, Santo Domingo.
- Rueda, Manuel (ed.) (1996): *Dos siglos de literatura dominicana (s. XIX-XX): Poesía*, vol. 1, Santo Domingo.

Estudios

- Contín Aybar, Nestor (1982): *Historia de la literatura dominicana*, vol. 1, San Pedro de Macorís.
- Deive, Carlos Esteban (1980): *La esclavitud del Negro en Santo Domingo (1492-1844)*, 2 vols., Santo Domingo.
- Gewecke, Frauke (1996): *Der Wille zur Nation: Nationsbildung und Entwürfe nationaler Identität in der Dominikanischen Republik*, Frankfurt am Main.
- Lebrón Saviñón, Mariano (1988): *La Trinitaria*, Santo Domingo.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino (1911): *Historia de la poesía hispano-americana*, vol. 1, Madrid.
- Moya Pons, Frank (³1978): *La dominación haitiana: 1822-1844*, Santo Domingo.
- Moya Pons, Frank (⁸1984): *Manual de historia dominicana*, Santo Domingo.
- Moya Pons, Frank (1986): *El pasado dominicano*, Santo Domingo.
- Moya Pons, Frank (1995): *The Dominican Republic: A National History*, New Rochelle, NY.
- Price-Mars, Jean (1953): *La République d'Haïti et la République Dominicaine: les aspects divers d'un problème d'histoire, de géographie et d'ethnologie*, 2 vols., Port-au-Prince.
- Rodríguez Demorizi, Emilio (1955): *La Era de Francia en Santo Domingo: contribución a su estudio*, Ciudad Trujillo [Santo Domingo].
- Rodríguez Demorizi, Emilio (1971): *Santo Domingo y la Gran Colombia: Bolívar y Núñez de Cáceres*, Santo Domingo.
- Sagawe, Thorsten (1993): *Geografía, población e historia en R.D. al través de los siglos*, Santo Domingo.
- Vicioso, Abelardo (1983): *El freno hatero en la literatura dominicana*, Santo Domingo.